

Silvina Ocampo

Antología:
CUENTOS
de la «nena terrible»

Selección, prólogo y notas
Patricia Nisbet Klingenberg

☞ - STOCKCERO - ☞

© Herederos de Silvina Ocampo - 1993.
Foreword, bibliography & notes © Patricia Nisbet Klingenberg
of this edition © Stockcero 2013
1st. Stockcero edition: 2013

ISBN: 978-1-934768-62-4

Library of Congress Control Number: 2013931688

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface

Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

AGRADECIMIENTOS

El Departamento de Español y Portugués de Miami University me dio una beca para apoyar mi trabajo en este proyecto durante el verano de 2012 y un curso menos durante el semestre del otoño para acabarlo.

Samuel Saldívar, profesor emérito de la United States Military Academy at West Point, Charles Ganelin, mi colega del departamento en Miami, y Pablo Agrest Berge de Stockcero, leyeron el manuscrito con cuidado. A los tres mi sincera gratitud. Claro que los errores que persisten son míos.

PATRICIA NISBET KLINGENBERG

A mis estudiantes
por sus ideas y entusiasmo.

ÍNDICE

Prólogo.....	xiii
<i>Los cuentos de la «nena terrible»</i>	
<i>Breve biografía de Silvina Ocampo</i>	
<i>Primeras aproximaciones</i>	
<i>Evolución de su estilo</i>	
<i>Lo fantástico</i>	
<i>La nena terrible y otros personajes</i>	
<i>La ambigüedad</i>	
<i>El humor</i>	
<i>La crítica social/feminista</i>	
Obras Citadas y Bibliografía Selecta	xxxii
Obras selectas de Silvina Ocampo en orden cronológico.....	xxxv
DE VIAJE OLVIDADO (1937)	
El retrato mal hecho	1
El mar	3
DE AUTOBIOGRAFÍA DE IRENE (1948)	
Autobiografía de Irene	9
DE LA FURIA Y OTROS CUENTOS (1959)	
La continuación	27
El cuaderno.....	37
La sibila	43
Las fotografías	51
La furia	57
El vestido de terciopelo.....	67
La boda	71
Voz en el teléfono	77

DE LAS INVITADAS (1961)

La hija del toro.....	85
Isis	89
La venganza	93
El incesto.....	97
La cara en la palma	103
El fantasma	107
El pecado mortal	111
Rhadamanthos	117
La pluma mágica	119
El diario de Porfiria Bernal	121
Las invitadas.....	145

DE LOS DÍAS DE LA NOCHE (1970)

Amada en el amado.....	151
Las vestiduras peligrosas.....	159
Atinganos	167
Las esclavas de las criadas.....	173
La soga	181
Clavel.....	183
Albino Orma	185
Clotilde Ifrán	187
Malva.....	189
Keif	195

DE Y ASÍ SUCESIVAMENTE (1987)

El automóvil.....	205
La lección de dibujo	213
Pier.....	221
El rival.....	225

DE CORNELIA FRENTE AL ESPEJO (1988)

Los retratos apócrifos	229
Anotaciones	235

PRÓLOGO

LOS CUENTOS DE LA «NENA TERRIBLE»

Esta antología pretende ofrecer una introducción a los cuentos de Silvina Ocampo en base a selecciones de cada uno de los libros publicados durante su vida, desde el primero en 1937 hasta el último en 1988. Las notas respecto al vocabulario y referencias históricas o sociales intentan explicar estos elementos para lectores de distintos niveles de competencia lingüística en lengua castellana, en particular para los que no estén familiarizados con los detalles culturales de la Argentina, lo que a veces dificulta la comprensión de estos cuentos. El criterio de selección se concentra en cuentos, como el título sugiere, con protagonistas femeninos, subversivos de un orden social «correcto» y de una idea «realista» de la mujer, como se explicará más adelante. Los cuentos individuales se presentan en orden cronológico de su publicación para que este libro sirva como muestra de la evolución del estilo y preocupaciones de la autora.

He enseñado estos cuentos a través de muchos años y en distintos contextos. Aparecen en mis cursos universitarios sobre la narrativa hispanoamericana, y en los cursos con temas más concretos como el del cuento, de las escritoras, de lo fantástico, o sobre Borges y su círculo. Los relatos de Ocampo reciben una reacción apasionada de parte de los estudiantes, suscitando los debates más vivos, evocando risas, expresiones de horror o de repugnancia, y últimamente una conexión con la palabra escrita poco común hoy en día. Presentar los cuentos fuera del contexto preparado cuidadosamente por la autora me causa algún remordimiento, pero espero que la variedad y originalidad de su voz se conserven en este volumen.

BREVE BIOGRAFÍA DE SILVINA OCAMPO

Silvina Ocampo nació el 21 de julio de 1903, la última de seis hijas de una de las familias ilustres de la Argentina. Su nombre, Silvina, una forma femenina del de su padre, Manuel Silvino Ocampo, es evidencia que sus padres se habían resignado a no tener el muy añorado hijo. Ella decía que se sentía «una etcétera» de su familia. Describió su niñez como solitaria, llena de restricciones debidas a su alto rango social (no ensuciarse, no andar descalza, por ejemplo), fascinada por su hermosa madre que a su vez fue dominada por su padre distante y severo. Su hermana mayor, Victoria, le llevaba trece años y llegó a ser una de las mujeres más famosas de su época. Victoria Ocampo fundó la revista *Sur*, la más importante de toda Hispanoamérica durante gran parte del siglo veinte, y fue la primera en publicar las obras de su hermana menor, Silvina. Los padres tradicionales de las hermanas Ocampo prohibieron a Victoria la posibilidad de realizar su primer sueño de convertirse en actriz; pero años después, cuando Silvina llegó a una edad de independencia, a ella sí le permitieron pasar dos años estudiando pintura y dibujo en París. Silvina trabajó hacia el final de la década de los 1920 en el taller de Fernand Léger y también en el de Giorgio di Chirico, dos pintores que ahora se consideran precursores del surrealismo. Al regresar a Buenos Aires, Silvina participó en una exhibición de arte con Xul Solar y Norah Borges, dos figuras importantes en una nueva generación de artistas e intelectuales jóvenes encabezada por Jorge Luis Borges, hermano de Norah. Silvina Ocampo se unió a este grupo como artista, pero poco a poco empezó a dedicarse a la escritura.

Silvina ha observado que, aunque siempre había escrito cuentos desde niña, la literatura nació en su vida como práctica constante al conocer a su futuro esposo, Adolfo Bioy Casares. Durante los años '30 Silvina se fue a vivir con él en Rincón Viejo, la estancia de los Bioy en la provincia de Buenos Aires, cerca de

Pardo. El escándalo de vivir con un amante, y que sea un hombre once años menor que ella, es un tema que no toca ni en sus obras ni en las pocas entrevistas que otorgó en su vida. De las muchas fotografías de familia sabemos que Jorge Luis Borges, José Bianco y otros amigos les acompañaron con frecuencia en la estancia, y que sus conversaciones sobre la literatura y el arte iban a hacer de cada uno de ellos un escritor de suma importancia en los años venideros. Silvina Ocampo se transformó en escritora durante este período, publicando su primer libro de cuentos, *Viaje olvidado*, en 1937. Adolfo Bioy Casares publicó su novela más famosa, *La invención de Morel*, en 1940 y Borges pasó de poeta y ensayista a cuentista en la misma época, publicando sus obras claves al final de esta década, «Pierre Menard, autor del Quijote» en 1939 y «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» en 1940.¹ Los tres, Ocampo, Bioy Casares y Borges colaboraron en la publicación de la *Antología de literatura fantástica* en 1940, muchas veces revisada y siempre en prensa hasta hoy. Estas obras en conjunto representan un punto decisivo tanto en la trayectoria de la literatura argentina como en la hispanoamericana más generalmente.

Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares se casaron en 1940 en una ceremonia civil con sólo tres amigos presentes. Uno de ellos era Borges, desde entonces un amigo de toda la vida. Durante los próximos años estos tres atraen a su ámbito un grupo variado de artistas, escritores e intelectuales que forman el núcleo del grupo *Sur*, muchas veces en oposición a los instintos conservadores de la fundadora, Victoria Ocampo.² Después de casados «los Bioy» establecieron en sus varias casas —además de la estancia Rincón Viejo tenían una casa amplia en la ciudad de Buenos Aires y otra en Mar del Plata— un centro cultural informal donde

1 Los primeros cuentos de Jorge Luis Borges, «Pierre Menard, autor del Quijote» (*Sur* 59, 1939) y «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» (*Sur* 68, 1940) luego son incluidos en su colección de cuentos, *Ficciones* (Editorial Sur, 1944); en 1956 el libro fue ampliado con otros cuentos. José Bianco, el director de la revista *Sur* y otro gran amigo, escribió sus primeras obras de ficción en este período, incluyendo su novela, *Las ratas* de 1943.

2 La mejor introducción al contorno literario general de Buenos Aires a mediados del siglo veinte es el libro de John King sobre la revista *Sur*. King propone que la renovación literaria atribuida a Borges fue, en realidad, un esfuerzo del grupo constituido por Borges, Bioy, Bianco y Silvina Ocampo. Judith Podlubne ofrece una visión más directamente dirigida a la contribución de Silvina en sus dos obras sobre *Sur* en las Obras Citadas.

se congregaban durante medio siglo las figuras intelectuales más destacadas de su momento. Viajaban con frecuencia a Europa, pasando meses en cada viaje. En 1954 hicieron un viaje a Francia donde nació Marta, hija de Bioy con una de sus amantes; días después de su nacimiento Silvina la adoptó legalmente en París. Según Jovita Iglesias, la madre y abuela biológicas de Marta se mantenían en contacto con la niña y eran invitadas a participar en celebraciones de cumpleaños, por ejemplo, un arreglo familiar que sorprende aún hoy.

Desde 1937 Silvina Ocampo, aunque nunca deja de pintar y dibujar, publica continuamente a lo largo de su vida: poesía, cuentos, un drama, y una novela escrita con su marido. En la última etapa de su vida sufrió de demencia y murió en 1993 a la edad de noventa años. Menos de un mes después murió en un accidente de coche su hija Marta. Adolfo Bioy Casares, notablemente devastado por la doble pérdida, murió a su vez cinco años más tarde.³

PRIMERAS APROXIMACIONES

Empezando por su primer cuento publicado, «Siesta en el cedro», en la revista *Sur* en 1936, Silvina Ocampo alterna la publicación de poemas y cuentos durante su larga vida. Sus obras fueron reseñadas por autores renombrados como su hermana Victoria, Ezequiel Martínez Estrada, Rosa Chacel, Eduardo González Lanuza y Alejandra Pizarnik. Estas primeras reseñas notan la importancia de los niños y de la perspectiva infantil, el poder mágico de objetos cotidianos, múltiples usos del elemento fantástico y una práctica de humor negro rayano con lo grotesco. Las primeras antologías de sus cuentos preparadas por José Bianco (1966) y Eduardo Cozarinsky (1970) ofrecen análisis más extensos que destacan la sexualidad franca de muchos cuentos, su estructura reminiscente de los cuentos de hadas, los ambientes

3 Para más información sobre la vida de Silvina Ocampo deben consultar estas obras de la bibliografía: Astutti, Heker, Iglesias, Klingenberg («A Life in Letters»), Mancini, Sánchez, Speranza y Ulla (*Encuentros* 2003).

cuidadosamente descritos que ofrecen un contrapunto realista a la evocación fantástica. Cozarinsky observa un contraste entre la evocación de lo sagrado, especialmente con los objetos mágicos, y un tono de mal gusto y la violencia brutal que muchas veces conviven en estos cuentos. Por este mismo período de los 1970 salen artículos importantes escritos por Sylvia Molloy, Blas Matamoro, y desde México por Rosario Castellanos que señalan el poder subversivo de los relatos de Ocampo en términos de su aparente neutralidad ante los códigos morales (Molloy y Castellanos) y sus fantasías de rebelión social (Matamoro). Sin embargo, como Noemí Ulla apunta (en *Una escritora oculta*), las obras de Ocampo no se estudiaron en la Universidad de Buenos Aires hasta fines de la década de los 1980. Una apreciación más detallada empieza en la década de los 1990 con la publicación de libros monográficos sobre sus cuentos, libros que aparecen en la Argentina y en el extranjero.

Últimamente, han aparecido varias obras póstumas que ofrecen una perspectiva más amplia de la obra completa de Silvina Ocampo y su modo de trabajar. Estas obras acompañadas por prólogos de Ernesto Montequín confirman la constancia de su creatividad en que anotaba ideas sobre servilletas, sobres, cuentas y cualquier otro papel y entonces elaboraba las primeras versiones en papel de cuaderno; su secretaria luego pasaba a máquina el cuento que Ocampo seguía corrigiendo y modificando; Bioy generalmente leía cada cuento antes de la versión final. Montequín declara que los archivos muchas veces contienen todas las diferentes versiones de una obra. Esta información, entre otras cosas, confirma que su matrimonio, que obviamente operaba fuera de las reglas convencionales, ofreció un espacio creativo para ambos.

Por razones complicadas el aprecio por Silvina Ocampo en el mundo literario ha sido tardío. Sin duda Ocampo misma se escondía deliberadamente entre sus compañeros más famosos. En las palabras de Matilde Sánchez, no quiso seguir la «carrera» del

literato profesional de su momento, dando charlas y entrevistas, asistiendo a reuniones y tertulias. Además, las diferencias en su obra comparada con sus ilustres compañeros no se apreciaba plenamente en el primer momento: ella indica sus desacuerdos con Borges y Bioy mediante su manera de escribir, pero no en sus declaraciones públicas. Y finalmente, las obras mismas confían casi demasiado en sus lectores: la autora ofrece pocas explicaciones internas por las acciones perturbadoras de las narrativas. Con el tiempo estamos aprendiendo a leerla, a penetrar sus secretos. Con la perspectiva de los años podemos reconocerla hoy como una de las voces más originales de su época.

EVOLUCIÓN DE SU ESTILO

Su primer libro de cuentos, *Viaje olvidado*, fue publicado por la casa editorial Sur en 1937 y reseñado por Victoria Ocampo en las páginas de la revista el año siguiente. En su reseña Victoria expresa sorpresa al descubrir que su hermana menor se dedicara a la escritura, y la critica fuertemente por su sintaxis y gramática incorrectas, diciendo famosamente que ciertas imágenes parecen «atacadas de tortícolis.» Evidentemente dolorida por estos comentarios Silvina Ocampo los cita cuarenta años más tarde en sus largas conversaciones con Noemí Ulla (*Encuentros* 34). Adrianna Astutti vuelve a esa reseña para elaborar el contraste entre las dos hermanas sugiriendo que en aquella época Victoria buscaba un modelo de escritora que pudiera expresar una voz genuinamente femenina, que no adoptara una voz masculina para escribir. Victoria misma pudo desarrollar un modelo femenino en sus propios ensayos, pero en la ficción no lo había encontrado ni en Virginia Woolf, ni en Emily Brontë, ni en ninguna autora de lengua española. Victoria nunca logró uno de sus sueños, el de escribir una novela, porque no supo transformarse en «otra;» sufrió la frustración de no poder desprenderse de su propio «yo», algo nece-

OBRAS CITADAS Y BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- Astutti, Adriana. *Andares clancos: Fábulas del menor en Osvaldo Lamborghini, J.C. Onetti, Rubén Darío, J.L. Borges, Silvina Ocampo, y Manuel Puig*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, 2001.
- Bianco, José. *Las ratas*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1943.
- _____. ed. *El pecado mortal*. Buenos Aires: Eudeba, 1966.
- Bioy Casares, Adolfo. *La invención de Morel*. Buenos Aires: Losada, 1940.
- Borges, Jorge Luis. *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé, 1956.
- Castellanos, Rosario. «Silvina Ocampo y el más acá». *Mujer que sabe latín*. México: SepSetentas, 1973. 149-64.
- Chacel, Rosa. Reseña de *Los que aman odian* por Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. *Sur* 143 (1946): 75-81.
- Clark, María B. «Feminization as an Experience of Limits: Shifting Gender Roles in the Fantastic Narrative of Silvina Ocampo and Cristina Peri Rossi». *Inti: Revista de literatura hispánica* 40-41 (1994-95): 249-68.
- Corbacho, Belinda. «El personaje femenino y su identificación con el espacio en la narrativa de Silvina Ocampo: análisis de 'La escalera' y de 'El sótano.'» En Ulla, ed. *Silvina Ocampo: una escritora oculta*. 17-31.
- Cozarinsky, Edgardo, ed. *Informe del cielo y del infierno*. Caracas: Monte Avila, 1970.
- Duncan, Cynthia. «An Eye for an 'I': Women Writers and the Fantastic as a Challenge to Patriarchal Authority». *Inti: Revista de literatura hispánica* 40-41 (1994-95): 233-46.
- Espinosa Vera, Marcia. *La poética de lo incierto en los cuentos de Silvina Ocampo*. Madrid: Pliegos, 2003.
- Ezquerro, Milagros. «Barba Azul en el jardín de invierno». *Cuadernos Hispanoamericanos* 622 (2002): 39-48.
- Francomano, Emily. «Escaping by a Hair: Silvina Ocampo Rereads, Rewrites, and Re-Members 'Porphyria's Lover.'» *Letras Femeninas* 25. 1-2: (1999): 65-77.

- González Lanuza, Eduardo. Reseña de *Antología de poética argentina* dirigida por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo. *Sur* 89 (1942): 68-69.
- Habra, Hedy. «Escisión y liberación en 'La casa de azúcar' de Silvina Ocampo». *Hispanófila* 145 (2005): 47-59.
- Heker, Liliana. «Silvina Ocampo y Victoria Ocampo: la hermana pequeña y la hermana mayor». En *Mujeres argentinas: El lado femenino de nuestra historia*. María Esther de Miguel, Ed. Buenos Aires: Alfaguara, 1998: 191-233.
- Iglesias, Jovita. *Los Bioy*. Buenos Aires: Tusquets, 2002.
- King, John. «*Sur*: A Study of the Argentine Literary Journal and Its Role in the Development of a Culture, 1931-1970». Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- Klingenberg, Patricia N. «'Literatura como pintura.' Images, Narrative, and Autobiography in Silvina Ocampo». *Letras femeninas* 32.1 (2006): 251-76.
- _____. «A Life in Letters: Notes Toward a Biography of Silvina Ocampo». *Hispanófila* 139 (2003): 111-132.
- _____. *Fantasies of the Feminine: The Short Stories of Silvina Ocampo*. Lewisburg: Bucknell University Press, 1999.
- Mackintosh, Fiona. *Childhood in the Works of Silvina Ocampo and Alejandra Pizarnik*. Woodbridge: Tamesis, 2003.
- _____. «*El impostor*: From cuento to Filmscript». En *An Argentine Passion: María Luisa Bemberg and her Films*, ed. John King, Sheila Whitaker, Rosa Bosch. London: Verso, 2000: 193-215.
- Mancini, Adriana. «Amo y esclavo: una relación eficaz: Silvina Ocampo y Jean Genet». *Cuadernos Hispanoamericanos* 575 (1998): 73-86.
- _____. *Silvina Ocampo: Escalas de pasión*. Buenos Aires: Norma, 2003.
- Martínez Estrada, Ezequiel. Reseña de *Espacios métricos* por Silvina Ocampo. *Sur* 137 (1946): 82-86.
- Martínez de Richter, Marily. «Triángulo de tigres: Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo». En Ulla, ed. *Silvina Ocampo, una escritora oculta*: 61-85.

- Matamoro, Blas. *Oligarquía y literatura*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1975.
- Molloy, Sylvia. «Silvina Ocampo: La exageración como lenguaje». *Sur* 320 (1969): 15-24.
- _____. «La simplicidad inquietante en los relatos de Silvina Ocampo». *Lexis* 2.2 (1978): 241-51.
- _____. «Sentido de ausencias». *Revista Iberoamericana* 51 (1985): 484-87.
- Ocampo, Victoria. Reseña de *Viaje olvidado* por Silvina Ocampo. *Sur* 35 (1937): 118-21.
- Ostrov, Andrea. «Vestidura/escritura/sepultura en la narrativa de Silvina Ocampo». *Hispanérica: Revista de Literatura* 25.74 (1996): 21-28.
- Pizarnik, Alejandra. «Dominios ilícitos». Reseña de *El pecado mortal*, antología de cuentos por Silvina Ocampo, dirigido por José Bianco. *Sur* 311 (1968): 91-95.
- Podlubne, Judith. «El recuerdo del cuento infantil.» *Cuadernos Hispanoamericanos* 622 (2002): 29-38.
- _____. *Escritores de «Sur»: Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2012.
- _____. «Sur en los 60: Hacia una nueva sensibilidad crítica». *Badebec: Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria* 1.2 (2012): 44-60.
- Sánchez, Matilde, ed. *Las reglas del secreto*. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Speranza, Graciela. «La voz del otro: Bioy Casares y Silvina Ocampo». *Homenaje a Adolfo Bioy Casares*, ed. Alfonso de Toro y Susanna Reagzzoni. Madrid: Iberoamericana, 2002: 285-92.
- Tomassini, Graciela. *El espejo de Cornelia: La obra cuentística de Silvina Ocampo*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1995.
- Ulla, Noemí. *Encuentros con Silvina Ocampo*. Segunda edición ampliada. Buenos Aires: Leviatán, 2003.
- _____. *Inventiones a dos voces: Ficción y Poesía en Silvina Ocampo*. Buenos Aires: Ediciones del Valle, 2000.
- _____. ed. *Silvina Ocampo: Una escritora oculta*. Hipótesis y Discusiones #18. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1999.

Zullo-Ruiz, Fernanda, «The Spatial Organization of Rape in Silvina Ocampo's 'El pecado mortal,'» *Latin American Literary Review* 33.65 (2005): 88-108.

OBRAS SELECTAS DE SILVINA OCAMPO EN ORDEN CRONOLÓGICO

- Viaje olvidado*. Buenos Aires: Sur, 1937.
- Antología de la literatura fantástica* con Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Buenos Aires: Sudamericana, 1940.
- Enumeración de la patria* (poesía). Buenos Aires: Sur, 1942.
- Espacios métricos* (poesía). Buenos Aires: Sur, 1945.
- Los que aman odian* (novela) con Adolfo Bioy Casares. Buenos Aires: Emecé, 1946.
- Autobiografía de Irene*. Buenos Aires: Sur, 1948.
- Los nombres* (poesía). Buenos Aires: Emecé, 1953.
- La furia y otros cuentos*. Buenos Aires: Sur, 1959.
- Las invitadas*. Buenos Aires: Losada, 1961.
- Lo amargo por dulce* (poesía). Buenos Aires: Emecé, 1962.
- Los días de la noche*. Buenos Aires: Sudamericana, 1971.
- Amarillo celeste* (poesía). Buenos Aires: Losada, 1972.
- Y así sucesivamente*. Barcelona: Tusquets, 1987.
- Cornelia frente al espejo*. Barcelona: Tusquets, 1988.
- Las repeticiones y otros relatos inéditos* (póstumos). Buenos Aires: Sudamericana, 2006.

EL RETRATO MAL HECHO

A los chicos les debía de gustar sentarse sobre las amplias faldas de Eponina porque tenía vestidos como sillones de brazos redondos. Pero Eponina, encerrada en las aguas negras de su vestido de *moiré*,¹ era lejana y misteriosa; una mitad del rostro se le había borrado pero conservaba movimientos sobrios de estatua en miniatura. Raras veces los chicos se le habían sentado sobre las faldas, por culpa de la desaparición de las rodillas y de los brazos que con frecuencia involuntaria dejaba caer.

Detestaba los chicos, había detestado a sus hijos uno por uno a medida que iban naciendo, como ladrones de su adolescencia que nadie lleva presos, a no ser los brazos que los hacen dormir. Los brazos de Ana, la sirvienta, eran como cunas para sus hijos traviesos.

La vida era un larguísimo cansancio de descansar demasiado; la vida era muchas señoras que conversan sin oírse en las salas de las casas donde de tarde en tarde se espera una fiesta como un alivio. Y así, a fuerza de vivir en postura de retrato mal hecho, la impaciencia de Eponina se volvió paciente y comprimida, e idéntica a las rosas de papel que crecen debajo de los fanales.²

La mucama³ la distraía con sus cantos por la mañana cuando arreglaba los dormitorios. Ana tenía los ojos estirados y dormidos sobre un cuerpo muy despierto, y mantenía una inmovilidad extática de rueditas dentro de su actividad. Era incansablemente la primera que se levantaba y la última que se acostaba. Era ella quien repartía por toda la casa los desayunos y la ropa limpia, la que distribuía las comptas, la que hacía y deshacía las camas, la que servía la mesa.

1 *Moiré* es un tratamiento a géneros como la seda que produce diseños similares a olas, por lo tanto en inglés se llama «watered silk».

2 *Fanal*: campana de cristal usada para exhibir pequeños objetos de valor.

3 *Mucama*: sirvienta doméstica, especialmente una dedicada a la limpieza.

Fue el 5 de abril de 1890, a la hora del almuerzo; los chicos jugaban en el fondo del jardín; Eponina leía en *La Moda Elegante*: «Se borda esta tira sobre pana de color bronce oscuro» o bien: «Traje de visita para señora joven, vestido verde mirto», o bien: «punto de cadeneta, punto de espiga, punto anudado, punto lanzado y pasado». Los chicos gritaban en el fondo del jardín. Eponina seguía leyendo: «Las hojas se hacen con seda color de aceituna» o bien: «los enrejados son de color de rosa y azules», o bien: «la flor grande es de color encarnado», o bien: «las venas y los tallos color albaricoque».⁴ Ana no llegaba para servir la mesa; toda la familia, compuesta de tías, maridos, primas en abundancia, la buscaban por todos los rincones de la casa. No quedaba más que el altillo por explorar. Eponina dejó el periódico sobre la mesa, no sabía lo que quería decir albaricoque: «Las venas y los tallos color albaricoque».⁵ Subió al altillo y empujó la puerta hasta que cayó el mueble que la atrancaba. Un vuelo de murciélagos ciegos envolvía el techo roto. Entre un amontonamiento de sillas desvenecijadas y palanganas viejas, Ana estaba con la cintura suelta de náufraga, sentada sobre el baúl; su delantal, siempre limpio, ahora estaba manchado de sangre. Eponina le tomó la mano, la levantó. Ana, indicando el baúl, contestó al silencio: —Lo he matado.

Eponina abrió el baúl y vio a su hijo muerto, al que más había ambicionado subir sobre sus faldas: ahora estaba dormido sobre el pecho de uno de sus vestidos más viejos, en busca de su corazón.

La familia enmudecida de horror en el umbral de la puerta, se desgarraba con gritos intermitentes clamando por la policía. Habían oído todo, habían visto todo; los que no se desmayaban, estaban arrebatados de odio y de horror.

Eponina se abrazó largamente a Ana con un gesto inusitado de ternura. Los labios de Eponina se movían en una lenta ebullición: «Niño de cuatro años vestido de raso de algodón color encarnado. Esclavina cubierta de un plegado que figura como olas ribeteadas con un encaje blanco. Las venas y los tallos son de color marrón dorados, verde mirto o carmín».

4 Las frases entre comillas pretenden citar una revista de modas del siglo diecinueve con vocabulario técnico de los colores (verde mirto o de aceituna) y de la costura. Los «puntos» indican los nombres de diferentes estilos de bordar; las hojas y los enrejados mencionados forman el diseño floral de la descripción.

5 El albaricoque es una fruta (y también un color) mejor conocido en la región rioplatense como «damasco», por eso tal vez Eponina no comprende la palabra.

EL MAR

Era en un barrio de pescadores cerca del puerto; el caserío de latas grises brillaba en la tarde, cuando una mujer con la mano puesta como una visera sobre sus ojos resguardándolos del sol, miraba lejos sobre la extensión vacía de la playa. La playa en aquel lugar se asemejaba al mar; era undosa y reflejaba con transparencias de agua los cambios del cielo. Los tamariscos se encaminaban perpetuamente hacia el mar como lentas procesiones de bichos quemadores verdes.

La mujer mordía sus labios paspados. La playa, hasta donde llegaban sus ojos, estaba desierta. El cencerro de las vacas lecheras cruzaba el camino; era la vaca blanca la que llevaba el cencerro. La mujer dejó de morder sus labios; en el horizonte aparecieron dos diminutos puntos negros que aumentaban despacito; dos hombres venían caminando.

La mujer sabía quiénes eran esos hombres, sabía cómo estaban vestidos, sabía de memoria cuál era el botón descosido de la camisa de su hermano y el remiendo del pantalón de su marido; los veía venir desde muy lejos, el color de las bufandas flameaba detrás de ellos como banderitas en el viento. Después de inclinar la cabeza a un lado y a otro, dos o tres veces, como si ese movimiento atestiguara el regreso de los dos hombres, entró en la casa. Esa casa se diferenciaba de las otras porque tenía un jardincito muy pequeño, con canteros de flores rodeados de piedras y caracoles y un columpio colgado entre dos postes gruesos de madera.

Todos los chicos de las casas vecinas se columpiaban en ese jardín y por eso la llamaban «La Casa de las Hamacas».

La cocina estaba llena de humo, las paredes chorreaban ne-

grura de carbón, pero todo estaba en perfecto orden como en un cuarto recién blanqueado, mientras la mujer cocinaba.

Por el camino de tierra venían acercándose los dos hombres; el más alto era de tez más oscura, con los ojos asimétricos, el otro tenía los ojos grises muy hundidos; a uno lo había oscurecido el sol, al otro lo había iluminado como a un campo de trigo. La puerta permanecía entreabierta; entraron derecho a la cocina; la mesa estaba puesta. Después de quitarse los abrigos se sentaron frente a la mesa; la mujer iba y venía, retiraba la olla del fuego, buscaba sal en los estantes, hasta que todo estuvo listo y trajo la fuente, la depositó sobre la mesa y se sentó entre los dos hombres. No hablaban, se oía solamente el ruido de los cubiertos contra los platos, ruido de mandíbulas y dientes en el silencio.

Después de un rato el hombre oscuro habló: hablaba de las lanchas pescadoras; nombres de pescados plateados relumbraban sobre la mesa. La mujer protestó: no traían nunca nada, ninguna brótola, ninguna corvina negra, todo lo vendían, y los pescados que sobraban los tiraban siempre al mar. El hombre rubio se reía: el pescado era comida para gatos; en cuanto a él, prefería morirse de hambre antes de probar un calamar o un langostín. El otro hombre escupió contra el suelo: a él le era lo mismo con tal de comer algo, lo mismo la perdiz que el pejerrey, la carne de vaca o el caballo. Sobrevino el silencio, abrieron la puerta y vieron que era una noche sin luna.

Después de lavar los platos, la mujer cansada se desvestía sentada sobre la cama, los hombres la miraban sin verla por la abertura de la puerta. Ella oía entre sueños las voces de los hombres que la llevaban por un camino larguísimo, al final del que se quedaba dormida, meciendo la cuna del hijo.

Los dos hombres seguían sentados en la cocina. Fue recién a la una de la noche cuando salieron de la casa; llevaban un revólver, un farol, y un manojo de llaves. Elegían un mes antes la casa adonde entraban a robar. Rondaban varios días por los barrios, viendo a qué horas apagaban las luces, cómo eran las ce-

rraduras, trataban de amigarse con los perros, y pedían algunas veces permiso al jardinero para beber agua en las canillas. Y después, sigilosamente elegían la noche más oscura.

Los dos hombres se pusieron los abrigos; esa noche se internaban por los caminos de las lomas que se alejaban del mar. Había que caminar más de cincuenta cuerdas; las casas estaban sin luz; no había ningún viento; los hombres caminaban despacio. Caminaban entre matorrales cortando camino; tardaron más de una hora en llegar, la maleza subía en grandes olas y se rompía a la altura de las rodillas; de vez en cuando encendían el farol. Cuando estuvieron a unos veinte metros, el perro empezó a ladrar; saltaron por encima de la reja; el perro seguía ladrando; se acercaron hasta que los reconoció y se quedó quieto, acurrucado, desperezándose y moviendo la cola. Era una casa grande. Revisaron las persianas que daban sobre el corredor: estaban todas cerradas. En las partes laterales no había corredores; los dos hombres iban deslizándose pegados contra el muro y vieron que una de las persianas estaba abierta, una pequeña luz brillaba a través de la cortina, la ventaba estaba también abierta de par en par. Se treparon despacio sobre un tanque de agua llovida por donde pudieron asomarse al cuarto. La luz estaba encendida. Frente a un espejo una mujer se probaba un traje de baño, se acercaba, se retiraba y se acercaba de nuevo al espejo como si ejecutara un baile misterioso. Se miraba de frente y de perfil. Uno de los dos hombres cerró los ojos.

La mujer se quitó el traje, tomó el camisón que estaba estirado sobre la cama y se lo puso, después dobló el traje de baño y lo dejó sobre la silla contra la ventana. Los dos hombres contenían sus respiraciones, no se movieron durante quizás media hora, hasta que la mujer se durmió.

Entonces uno de los hombres, agrandando el silencio, extendió el brazo y robó el traje de baño y una caja de cartón que estaba sobre la silla. Salieron corriendo; habían oído golpear una puerta. Caminaron largamente en las lomas, volvían desandando

caminos defraudados por aquel robo en que no había intervenido la ganzúa ni el farol,⁶ en que no habían penetrado en el comedor eligiendo la platería, con el revólver apuntando a las puertas. Los dos sentían el perfume que emanaba del traje de baño, iban arrancando las hojas de los cercos hasta que llegaron a la casa.

Entraron golpeando las puertas y vieron de pronto, por primera vez, a la mujer durmiendo en el cuarto vecino; un hombre desnudo se asomaba por encima de la sábana.

Se durmieron con el canto de los pájaros.

Al día siguiente, cuando volvió la mujer del tambo,⁷ le mostraron el traje de baño y el vestido celeste que habían encontrado en la caja de cartón. La mujer levantó los brazos: ¡para eso habían salido a la una de la noche y no la habían dejado dormir tranquila! Examinó el género del vestido sacudiendo la cabeza: no alcanzaba ni para hacerle una bombacha al hijo; todavía el traje de baño era un poco más abrigado. Los hombres le contestaron que tenía que ponerse el traje, ya que se lo habían traído; la llevarían hasta la playa a bañarse; ellos se bañaban siempre los días de mucho calor. ¿Por qué no se bañaba ella también? La mujer sacudió de nuevo la cabeza: el mar no había sido nunca un placer sino más bien un aparato de tortura incansable. La vecina le aconsejaba bañarse; cuando tenía libres las mañanas iba a la playa vestida con un traje de seda, viejo y negro; se bañaba en la orilla y volvía cubierta de caracoles chiquitos, piedritas y algas enredadas entre los dedos de los pies. Decía que era bueno para los huesos.

Los hombres insistieron hasta que la mujer accedió creyendo que se habían vuelto locos. Salió vestida como estaba con un pañuelo sobre la cabeza; los hombres iban de cada lado, caminando apuradamente. La mañana estaba muy quieta, era domingo. Llegaron a la playa, la mujer tras una larga consideración se desvistió junto al bote. A esos hombres que nunca la llevaban con ellos, que nunca se ocupaban de ella sino para pedirle comida o alguna otra cosa, ¿qué era lo que les pasaba?

La mujer se olvidó de la vergüenza del traje de baño y el miedo

6 *Ganzúa*: alambre doblado con que se puede abrir las cerraduras sin el uso de la llave.

7 *Tambo*: establecimiento rural donde se ordeñan las vacas.

de las olas: una irresistible alegría la llevaba hacia al mar. Se humedeció primero los pies despacito, los hombres le tendieron la mano para que no se cayera. A esa mujer tan fuerte le crecían piernas de algodón en el agua; la miraron asombrados. Esa mujer que nunca se había puesto un traje de baño se asemejaba bastante a la bañista del espejo. Sintió el mar por primera vez sobre sus pechos, saltaba sobre esa agua que de lejos la había atormentado con sus olas grandes, con sus olas chicas, con su mar de fondo, saltando las escolleras, haciendo naufragar barcos; sentía que ya nunca tendría miedo, ya que no le tenía miedo al mar.

Cuando regresaron, el llanto del chico los esperaba desde lejos; la mujer lo acunó en sus brazos. Los hombres no se movieron de la casa ese día. Discusiones oblicuas se establecían entre ellos; un odio obscuro empezó a envolverlos; subía, subía como la marea alta. Vivieron en una madeja intrincada de ademanes, palabras, silencios desconocidos.

Mucho tiempo después se creyó que el demonio se había apoderado de La Casa de las Hamacas. Las hamacas se columpiaban solas. Una noche los vecinos oyeron gritos y golpes y luego, después de un silencio bastante largo, creyeron ver la sombra de una mujer que corría con un niño en los brazos y un atado de ropa. No se supo nada más. Al día siguiente, como de costumbre, al alba salieron los dos hombres con la red de pescar. Caminaron uno detrás del otro, uno detrás del otro, sin hablarse.